

Escena de Perlimplín huyendo de su jardín

«Tu marido acaba de matarme con este puñal de esmeraldas... El salió corriendo por el campo y no lo verás más nunca. Me mató porque sabía que te amaba como nadie... Mientras me hería gritó: ¡Belisa ya tiene un alma!...»

Perseguido por su crimen perfecto, Perlimplín se pierde en la noche desnuda de marzo, cruza corriendo los campos y se refugia en el regazo frío de Granada. La luna brilla en la sangre de sus manos sin herida. Corre como un poseído. Intenta huir de su espanto. Lleva una chaqueta malva como su amor y una peluca de bucles blancos que a punto está de caer cuando Perlimplín, ciego, tropieza con una farola y la apaga. Sigue huyendo en la sombra. Lo asusta el eco de sus pasos en las calles desiertas y el propio ruido ronco de su respiración. Es la respiración de un asesino, piensa mientras empieza a sonar una guitarra que convierte su huída en danza temblorosa.

Al ritmo del pavor, su danza, como miedo encarnado, atraviesa las calles esquina las esquinas, recorre los rincones de la ciudad dormida, salva como un relámpago inseguro los acechos angostos de la Judería. Al llegar a Bibarrambra, vacía y temblorosa como el hueco que siente en su pecho, oscura y amarga como la sangre que siente subir a su boca, lo detiene el asombro: un unicornio blanco y sosegado atraviesa la plaza lentamente y se pierde en la noche también estupefacta.

Perlimplín, ahora inmóvil y perplejo, acaricia con la misma lentitud delicada del unicornio y de la música que cree escuchar, la sangre de su mano. Sólo ahora recuerda que es su propia sangre. El no puede saber que se trata de tinta, ni que, al fin y al cabo, la tinta es otro nombre de la sangre. Ve tres gotas más en la seda jadeante de su pecho. No llora. Ni se mueve. Clava su mirada en las arenas negras de la noche. Mira absorto un punto de la noche y jadea como un animal agazapado. Como una fuente que mana del silencio y de su pecho, comienza a murmurar su monólogo. La luna creciente de marzo, amarilla y musulmana, y el tono de su voz parecen irreales de tan melancólicos:

*He amado tanto que no sé quién soy.
No sé si he muerto. No sé qué decir.
Que la noche se calla y nadie sabe nada.
¡Ay, Belisa, amor mío!
¡Ay, Belisa, un puñal!
Un puñal en mi pecho galante,
un puñal en mi pecho de papel,
un puñal de esmeraldas
para el fuego ficticio de mi sangre...
¡Sólo muere quien ama:
los demás ya están muertos!
Y yo te amé, Belisa, hasta matarme.
Yo, que fui tu marido de milagro,
y tu amigo y tu amante y tu corona
de camelias de menta imaginaria...
Yo, que fui la colonia de tus sueños adúlteros
y deseé tu cuerpo y no lo tuve.
Yo, que quise morir estrangulado
por tus manos de miel y fue imposible.*

Yo, que te amaré siempre,
 no me maté por celos ni venganza:
 yo estaba lejos de esas tonterías.
 ¡Fue el deseo, mi amor, fue su fuego asesino,
 la locura insaciable del deseo...!
 ¡Yo me maté, Belisa, porque te amaba
 y para que me amases...!
 ¡Ay, Belisa, me he muerto
 y ya no sé quién soy!
 Mi cuerpo maduró deseando el tuyo,
 y lo deseó tanto
 que un día, como un fruto
 se desprendió y fui dos:
 uno miraba cómo tú dormías
 al calor de su vieja piel ardiendo,
 el otro te asediaba con sus cartas sedientas,
 cartas de carne, cartas que sudaban...
 Las lanzaba con piedras
 por el balcón abierto de tu alcoba...
 Uno hizo temblar tus pechos
 sin más caricias que las del misterio.
 El otro se apoyaba en su almohada de plumas
 y velaba y veía las alas de tu sueño...
 ¡Ay, Belisa,
 ay, aquel clavel dormido!
 ¡Ay, aquel clima tibio de tus sábanas,
 clima del paraíso y de mi infierno,
 calor cruel donde creí morir
 e imaginé otro cuerpo para mí
 que es ahora tu alma para siempre...!
 Para siempre sin paz. ¡Sin paz, Belisa!
 ¡Para siempre escapando y olvidando de qué!
 ¡Huir sin saber nada!
 Como humo sin fin, como si nada...
 ¡Vivir huyendo! ¡No poder morir!
 ¡No tengo honor ni vida!
 Quisiera divertirme...
 Soy un papel en blanco que vuela bajo el alba...
 Soy un papel, Belisa, escíbeme.
 Escribe mi blancura de cadáver
 el nombre de ese amante que murió entre tus brazos
 y que llenó de sangre tu jardín.
 Dibuja con su sangre y con la tuya
 el ciprés sorprendido de tu sed,
 ahora que te has quedado
 sola con tu deseo,
 ahora que comienzas a saber qué es amar,
 ahora que ya no hay nadie

y el mundo es un desierto y es mentira...
ahora, tū, amante en vilo,
atenta y enviudada,
gemirás para siempre de amor bajo la luna
en páginas, insomnios, madrugadas, desiertos...
¡Ay, Belisa, Belisa!,
¿dónde estamos?
¡Ay, Belisa. me he muerto
y no sé qué me pasa!
¡Ay, Belisa, ay, Belisa!
¡Yo ya no sé quién soy!
¡Ay, Belisa. ay, amor!
¡Yo ya no sé de quién es esta sombra!
¡Yo no sé por qué tiembla
ni de qué color es!
¡Dímelo tú, Belisa!
¿De qué color es mi sombra?
¿De qué color es la sombra
de un pobre hombre que ha muerto de amor?
¡Ay, Belisa, ay, amor...!

Su voz, como sus pasos y sus brazos, balbucea. Como los de un borracho o un niño cuando está aprendiendo a hablar y a irse solo. Parece un muñeco y es el amor mismo. La música lo mece. Mira a su alrededor como buscando una explicación, un pétalo o un algo de certidumbre. Canta un gallo. Perlimplín mira al cielo. Lentamente, acaricia sus párpados. Sigue mirando el cielo. Vuelve a cantar el gallo. Perlimplín extiende sus brazos con las manos abiertas y comienza a cantar su más lograda e íntima canción:

Amor. amor,
que estoy herido.
Herido de amor huido;
herido,
muerto de amor.
Decid todos que ha sido
el ruiseñor.
Bisturí de cuatro filos,
garganta rota y olvido.
Cógeme la mano. amor,
que vengo muy mal herido.
herido de amor huido,
¡herido!,
¡muerto de amor!

Y se va. Y se vuelve a perder en la madrugada desnuda de marzo, en las calles de Granada. Cuando abandona la plaza, la luz crece. Se oye cantar por tercera vez al gallo. Y, como respondiendo, el relincho irreal del unicornio, muy parecido a un grito de mujer. Pasa una bandada de pájaros de papel negro. La luz crece rápidamente hasta resolverse en un súbito

OSCURO.

Juan Vicente Piqueras